



ACOTACIONES A UNA HISTORIA DE CARLOS V

Por MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Como traductor de la obra que mencionamos a continuación, y con ocasión centenaria que comenzamos a vivir, he creído conveniente poner unas líneas relacionadas con un libro importante sobre la vida del César, para precisar algunos aspectos de ella. Me refiero al libro de Carlos Brandi, titulado *Kaiser Karl V. Werden und schicksal einer personlichkeit und eines weltreiches*, aparecido en 1938 (F. Bruckmann Verlag, München). El éxito de esta obra, en Alemania, fue fulminante, agotándose la primera edición en un año; obligando en 1938 a una segunda. La obra consta de dos volúmenes, el primero de texto, notas e ilustraciones, y unos índices, y el segundo dedicado a la bibliografía y documentación. Se trató de la aparición de una verdadera «obra completa», legible especialmente por germano-parlantes y, como tal, impresa en caracteres góticos. La documentación —y orientación de toda la obra— era fundamentalmente germano-italiana, y en menor cuantía hispánica, como comentamos en esta breve introducción a los escritos de Antonio Ballesteros-Beretta, mi padre, que aparecieron en la edición española, aunque no en la reedición del Fondo de Cultura Económica.

Las fechas de edición de la obra de Brandi, como habrá observado el lector, coinciden con los años de la Guerra Civil



MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Española (1936-39), y del tiempo inmediatamente posterior, en que aparece en España una afirmación recordatoria de las grandes épocas históricas de su expansión mundial, iniciada precisamente en tiempos de Carlos V, cuyo nombre ostentan archipiélagos del Indico y el de su hijo Felipe, la entrañables Islas Filipinas. Es curioso que aunque Brandi habla de un *Weltreich*, hace más bien historia de un imperio europeo. Por estas razones, se imponía una edición en castellano, casi con urgencia, para poner al día la historiografía de los orígenes del imperio español, casi mundial, pese a que las circunstancias españolas estaban entonces poco aptas para un auge importante de las actividades científicas, debido a lo reciente de una contienda que había arruinado económicamente a España, que debía reconstruir regiones enteras, devastadas por la contienda civil. Pese a ello, se imponía presentar lo más reciente, historiográficamente hablando de lo relativo a la historia del mundo en los tiempos inmediatamente posteriores al Descubrimiento de América y el comienzo de su colonización y gobierno, iniciada brillantemente bajo el orden del César Carlos.

Aquellos que en 1939 dejamos *las armas* en descanso, para cultivar *las letras*, como una necesidad nacional, comprendimos que la obra de Brandi trataba precisamente del comienzo de la grandeza histórica española, que duraría más de tres centurias largas, coincidiendo con las ideas desarrolladas por Carlos de Gante. Esto era en sí mismo una buena razón para que los historiadores españoles, siempre un poco reacios al estudio de las lenguas europeas, conocieran la obra de Brandi, que mi traducción les brindaba. Mis estudios en Alemania, desde 1929 a 1935, y mi doctorado berlinés me capacitaban para la labor. Se decidió, tras que la Editorial Nacional obtuvo la licencia de la editorial alemana, que sólo se traduciría el volumen primero de la obra —por las razones antedichas— pero no al segundo, que los eruditos podían consultar en el original, por la naturaleza de su contenido. Y así se decidió, pero ... sí, nos dimos cuenta de que aunque el autor había comprendido en su libro las etapas españolas de



Carlos V, no se había ocupado del auténtico Weltreich —Imperio Mundial— que iba naciendo entonces. Y nos dimos cuenta tanto D. Antonio (mi padre) como yo que Brandi centraba su estudio y exposición histórica estrictamente de la tradición imperial germánica, de origen carolingio, y que incluso los asuntos indianos vienen tratados en esta obra por una necesidad obvia, pues pertenecen a la biografía que va componiendo el autor, pero sin detenerse en lo que fue en realidad la idea carolina, reflejada —como fue nuestra opinión (de don Antonio y mía)— en muchos actos y hechos del reinado carolino, como, por ejemplo, en el «primum circumdedisti me» envolviendo un globo terráqueo, concedido a Juan Sebastián de Elcano.

Brandi pasa rápidamente sobre las ideas carolinas en relación con su verdadero «Imperio Mundial», aquel en el que, como se dice vulgarmente, no se ponía el sol, en la hazaña citada del viaje Magallanes-Elcano, en que las lejanísimas tierras orientales fueron bautizadas con el nombre de su hijo primogénito, Felipe, su sucesor en el reino español, como ya hemos dicho.

Fue por todo lo que hemos indicado en las líneas anteriores, que al pasar a editar mi traducción, pareció conveniente, para el público lector de lengua española, añadir un *Prólogo* y un *Epílogo* debidos a la pluma de D. Antonio Ballesteros Beretta, que ahora nuevamente damos a luz, por no haber sido incluidos sus textos en la edición realizada por el Fondo de cultura Económica mejicano, como texto necesario para ser reeditado con ocasión de las celebraciones centenarias.

El retrato de Carlos V, que aparece en contraportada de la edición alemana, presenta al César con el hábito de Soberano de la Orden de *Toisón de Oro*, año 1559, conservado en la Embajada de Inglaterra, en Bruselas.



MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS



*Carlos, Gran Maestro del Toisón de Oro.
Escuela Veneciana. Embajada de Inglaterra.
Bruselas.*



PROEMIO

En el Archivo Municipal de Valladolid se custodia un precioso documento de Carlos I. La portada ostenta un retrato del soberano. Es una miniatura realista; el joven Rey aparece de perfil, la cara rasurada, con marcado prognatismo y tocada su erguida cabeza de un sombrero de ala presuntuosa, y por adorno un cintillo de oro; manto de armiño, jubón violeta y toisón pendiente integran la pintura del busto. La fecha del documento, 1523, nos ofrece la edad exacta del Príncipe, retratado en la época de la ejecución de la miniatura. Data y retrato simbólicos. Carlos tiene toda la prestancia e ímpetu lozano de su sombrero de alas retadoras, y hasta la barbilla desafiante adopta un gesto triunfador. Momento crítico de un cambio de política, de una incorporación a los cánones y al programa del Imperio español.

A los veintitrés años era ya Emperador. Desde el verano anterior estaba en España, donde permanecería hasta el otoño de 1529, tiempos de gran transformación. Se extinguían los rescoldos de las Germanías, los últimos comuneros habían sido castigados con severidad ejemplar, y Carlos de Gante, lenta, pero seguramente, se convertía en Carlos de España. Una vez más la irresistible atracción y el poder asimilador de la tierra castellana hacía suyo, por esencia y potencia, un elemento extranjero.

Retrocedamos unos años. Al desembarcar en Villaviciosa de Asturias en 1517 el nieto de los Reyes Católicos había encontrado una España fuerte, unida, sumisa a la voluntad de su Rey. Fruto era esto de la gestión excelsa de Cisneros. Por diversas causas brota luego el descontento, que crece en proporciones de aparecer como un obstáculo a la consolidación del Imperio. Carlos marcha con rumbo a Alemania a ceñir la corona imperial y mientras estalla, con turbulencias revolucionarias, el movimiento de las Comunidades y la guerra de tinte social de las Germanías valencianas y mallorquinas.

Desenredemos la significación de estos hechos complejos, que nos dan la clave inicial de un cambio de trayectoria en el



soberano y una explicación de la teoría gubernamental de todo su reinado.

Carlos llegaba a España, como era natural, sin conocerla. Había vivido separado de ella, y el cortejo de los aduladores que sirvieron a su padre nada de provecho podía enseñarle. Agréguese a esto la camarilla flamenca, y los altos dignatarios, en cierto modo impuestos por Margarita de Austria, la hermana de Felipe el Hermoso, viuda del Príncipe Don Juan. Muestra Carlos en los primeros momentos actitud expectante: mira, observa, calla, apenas habla. No se diga, con malicia inocente, que su silencio era debido a su ignorancia del castellano, no; podía expresarse en francés o flamenco y prefería oír a despilfarrar palabras.

Debió impresionarle el carácter español y la resistencia, tanto en Cataluña y Aragón como en Castilla, a votar subsidios. Amenazaba la tormenta. Carlos siguió su camino sin arredrarse; la aparente impasibilidad y la entereza eran condiciones inherentes a su carácter. En su mente bullían ideas de gobierno que pronto aflorarían.

El levantamiento comunero ha sido diversamente interpretado, según la mente de los historiadores de escuela. Ha servido de módulo y guión de ciertas campañas liberales que han querido vislumbrar, nada menos, que un antecedente remoto de las Cortes de Cádiz. En su génesis y desarrollo tuvo un sentido anti-cesarista. Desbrozadas las razones alegadas entonces, observamos que ocultaban la intención verdadera. Aparecían unidos nobleza y municipios, elementos antagónicos durante la Edad Media, pero que ahora se aliaban contra un mismo enemigo: el absolutismo del Rey. Con el título de libertades y privilegios comunales encubrían situaciones de privilegio. Era el Feudalismo abatido por Fernando e Isabel, la nobleza levantisca de Cisneros domeñó, alzándose de nuevo con ocasión de hallarse ausente el soberano. Las Comunidades representaban lo viejo, lo caduco, lo medieval, ya inservible, para resolver los grandes problemas políticos del mundo, y Carlos V frente a ellas era el progreso, la teoría nueva, la solución tajante y salvadora que daría eficacia y prontitud a la obra de Gobierno.



Pero a su vez, Carlos, a pesar de su juventud, experto político de realidades, aprendió mucho en sus primeras estancias en España. Su visión internacional en Flandes tenía un ángulo de visualidad estrecho, al que le guiaba la tradición de su tierra natal y la política seguida por sus consejeros flamencos.

Sólo podían pensar éstos en una cordial amistad con Francia, la vecina con quien mantenían excelentes relaciones, basadas en mutuos intereses comerciales. Carlos, Rey de España y luego Emperador, en 1523 había trocado su política de acercamiento a Francia, y declaradas las hostilidades, en plena guerra, se había sumado con ardor a la política del cerco. Identificado con su abuelo Fernando el Católico, comprendía que el enemigo era Francia. El Imperio español no tendría en el Occidente europeo otro adversario; en Navarra, en Flandes, en Italia, en Alemania, y hasta cuando en Oriente tratase de luchar con los Osmanlis, también allí encontraría a Francia, en contubernio con los turcos, y unidos por extraño concierto el Cristianísimo Francisco I y Suleyman el Magnífico.

La confluencia del Imperio español con su homónimo el germánico produjo, como antaño, confusión bien explicable; pero precisa delimitarlos, porque el águila bicípeta, en su ambicioso vuelo parecía cobijar bajo sus alas los dominios hispanos. Es verdad que heráldicamente había eclipsado al águila de San Juan, emblema venerado de la cuna de nuestro Imperio; pero como signo de la Hispanidad, en su ruta marina estaban las columnas de Hércules, puestas por designio carolino, con el lema prometedor que rompía los misterios del lejano horizonte.

Diadema germánica a un lado, corona española al otro. Unidos circunstancialmente los destinos. La una representaba la herencia de Carlomagno. Junto a su sepulcro, en Aquisgrán, debían coronarse los soberanos, y en solución perfecta el Pontífice consagraba al llamado Emperador del Sacro Romano Imperio. La teutona se alcanzaba por elección, la española correspondía en herencia al vástago habsburgués, hijo de una Reina de Castilla y nieto de los Monarcas de España.



Muchos sostienen que nuestro Imperio lo constituyen los dominios americanos, y en cierto modo les acompaña la razón, porque el sello civilizador, la peculiaridad de nuestra expansión, son los sólidos cimientos de una de las obras magnas y perdurables de la Historia. Sin embargo, es peligroso mezclar los tiempos y adelantarnos al futuro, cuando se habla del Imperio español del siglo XVI. Algunos escritores consideran desgraciada la herencia de la Casa de Austria y piensan que el origen de la ruina de España fueron sus estados europeos. Es tan ingenuo el aserto, que pudiera reducirse a otra candorosa afirmación: si los Monarcas españoles no hubiesen poseído Nápoles, Sicilia, el Milanesado, Flandes y el Franco Condado, nunca se vieran precisados a sufrir el trance amargo de perderlos. Evidente. Y jamás habría existido una preponderancia española, una hegemonía mundial hispánica: el idioma español, que resonó en Roma retando a Francisco I, por boca de Carlos V, que lo convertía en lenguaje universal, fuera sólo un romance occidental desconocido en las chancillerías. No, España dominó en Europa, y por eso en América nuestro paso fue paso de triunfadores. Era indispensable sujetar a nuestros enemigos en sus sedes para que libremente se dilatasen los confines hispanos.

Salimos al encuentro de las teorías expuestas porque las propagan desde siglos plumas enemigas, y hogaño las reproducen descendientes de los vencidos, o incautos españoles que imitan las voces de fuera por el prestigio exagerado de nombres extranjeros. No se puede parar el curso de la Historia ni renunciar a las consecuencias de los hechos; pero hay más: en el fenómeno español podemos contemplar con fisonomía radiante el pretérito, porque el proceso de la integración del Imperio es claro, limpio y ejemplar. A través de los sucesos, se logra sin malas artes, ni usurpaciones, ni tropelías. Desde el siglo XIII Sicilia se incorpora a la historia aragonesa con el título de herencia de Constanza Staufen, y un llamamiento de los mismos habitantes de la isla, que instauran el poderío de Aragón. El Reino de Nápoles, dos veces conquistado por nuestras armas, recuerda en sus fastos un reconocimiento de heredero



a favor de Alfonso V el Magnánimo. Flandes y el Franco Condado son la herencia de la Casa de Borgoña; la hija de Carlos el Temerario, soberano de los Países Bajos, llevaba aquellas ricas provincias a la Casa de Austria. Su primogénito, Felipe, las legaba a sus descendientes, y aún quedaba por rescatar el ducado de Borgoña, que dio nombre a la estirpe, arrebatado por la codicia patriótica de Luis XI de Francia. Cuestión litigiosa será la Borgoña, por la cual se derramará sangre en abundancia, y para resolverla, los contendientes acudirán hasta a las simulaciones jurídicas de un plebiscito.

No valen nada las diatribas lanzadas, con virulencia, contra el derecho patrimonial. Este ha sido ley en la Historia para las monarquías hereditarias y es necio revolverse contra lo acaecido cuando su realización fue gloria que no se marchita, ensalzamiento de España, fortuna bien cumplida y, por modo principal, colaboración a la obra civilizadora del Imperio.

Organización admirable la del Imperio español. La gran confederación estaba constituida por Estados enlazados por una soberanía concretada en un mismo Príncipe, pero conservando sus organismos de Gobierno, sus privilegios y leyes propias, su fisonomía peculiar. Virreyes y Gobernadores representaban a la majestad, y dependían de Consejos, como el de Aragón, el de Flandes y el de Italia, instituciones centrales encargadas de los intereses privativos de aquellos Estados y a su vez en relación con el Consejo de Estado o del Emperador, cuya misión se cifraba en armonizar las diversas partes del vasto Imperio.

Considera un autor, exageradamente, que Carlos no maduró su inteligencia tardía hasta 1530. Desde esta fecha su libertad de movimientos parece más desembarazada y personal. Mientras vivieron Croy, Sauvage y Mercurino Gattinara, el Emperador se hallaba como sugestionado por la opinión de estos sagaces consejeros. Ya con Nicolás Perrenot de Granvela y con don Francisco de los Cobos recobra Carlos un ascendiente que trueca su condición sumisa en la de señor absoluto de sus acciones. Contemplemos el retrato que corresponde a esta data con diferencia de dos años, pues consigna en el lien-



zo *ÆTATIS XXXII*. Cubre el mentón del Emperador una barbilla recortada y puntiaguda, suficiente a encubrir, en lo posible, la prominente mandíbula; bigote corto, retorcido, con inclinación hacia la barba; boca entreabierta de persona absorta en graves pensamientos, que los ojos, entornados y de vago mirar, confirman; no lengua la cabellera. El indumento es severo: lo constituyen colete blanco rizado a la española, ropilla oscura con adornos de terciopelo verde, ferreruelo negro y guantes blancos de rizos, de factura hispana; calzada la mano derecha, que señala con los dedos un libro cerrado, tal vez un devocionario; la izquierda, descubierta, sostiene el guante y muestra en el anular sortija valiosa con un rubí tallado. El toción sobre la ropilla, y en la cabeza un leve sombrerillo negro, que apenas cubre la testa imperial. ¡Qué diferencia con la prestancia de los grandes sombreros de los retratos de Van Orley, de Striegel y de la miniatura anónima de Valladolid! Alguno, con espontánea objeción, dirá: «Sería la moda de entonces.» Si, indudable; pero la moda castellana, de austeridad en los colores, de predominio de los tonos oscuros y de los sombreros pequeños, recortados. Francisco I hasta lo último de sus días usará el gran sombrero de amplias alas, y los Príncipes alemanes exagerarán la moda francesa. Para más exactitud, el pintor del retrato descrito es Christoph Amberger, un alemán.

El César en esta época ha comprendido las normas de la política de Fernando el Católico, que son garantía de la hegemonía española y de la consolidación del Imperio. España es el eje de un dominio universal con tradición de catolicidad. En lo político piensa encadenar a Francia, porque las inquietudes de su soberano perturban la paz de Europa. Para conseguirlo conviene la preciosa amistad de Inglaterra. No vacila Carlos en halagar la vanidad y en reconocerse sobrino amantísimo de su tío Enrique VIII, casado con Catalina de Aragón, la hija de los Reyes Católicos. Pocas veces falló esa cordial alianza que amenazaba el costado de Francia. Otro principio inconvencible de la política del Rey Católico fue lo que hoy llamaríamos la alianza peninsular, y anudó el estrecho lazo por su matri-



monio con la Princesa Isabel, hija de don Manuel el Afortunado y de la Infanta María, hija de los Reyes Católicos. Los dos soberanos eran primos carnales.

Coincidencia, pero desde 1530, después de la coronación en Bolonia de manos de Clemente VII, el prisionero de Santangelo, el César Carlos V cobra un dinamismo guerrero, hasta entonces inédito. La reconciliación con la Santa Sede le impulsa a un ansia belicosa contra el gran adversario de la Cristiandad.

El historiador Ranke comprendió, con acierto, lo que significaba el peligro turco, y guiado por esta verdad rotuló su obra «Los Osmanlis y la Casa de Austria». De un lado, la civilización cristiana, y del otro, la fuerza expansiva de una potencia militar que intentaba dominar el Mediterráneo.

La preocupación del Emperador la jalonan las fechas que señalan los acontecimientos indicadores de su movilidad contra las fuerzas de Suleyman o de sus aliados. En 1532 está Carlos V al frente de sus tropas defendiendo a Viena del ataque de los genízaros. De 1535 es la toma de La Goleta y de Túnez, brillante empresa del César contra Kairedin Barbarroja, Kapudan Bajá, o almirante del sultán turco, temible pirata y marino expertísimo. De nuevo en 1541 realiza la expedición contra Argel.

También en este aspecto continuaba Carlos la política fernandina tan señalada por el triunfo del Gran Capitán en Cefalonia y las resonantes conquistas de Orán, Bugia y Trípoli y el reconocimiento de vasallaje por los territorios de Tremecén y Túnez. Pensamiento africano que fue obsesión postrera de la Reina Católica, lumbre de profecía, pues aún las tropas de Pedro Navarro no habían comenzado la hermosa gesta.

De un sector de las preocupaciones del César prescindiremos, pues más directamente se refieren al Imperio germánico, aunque sus repercusiones alcanzasen a toda la Cristiandad. Aludimos al movimiento protestante. Pero hay un momento en que las pugnas ideológicas toman un aspecto guerrero, y cuando el Emperador resuelve acudir a las armas, están a su lado sus fieles tropas españolas. En la campaña defensiva del



Danubio y en la del Elba, que termina con la victoria de Mühlberg (1547), los soldados españoles contribuyeron a los éxitos del César.

Ya en esta época, qué madurez de juicio en Carlos V, qué sentido extraordinario de la responsabilidad del poder. La evolución se sigue en su iconografía, en tres retratos de Tiziano: el uno representa al Emperador de pie, acompañado de un dogo; su traje es de raso blanco de ceremonia; quizá pueda fijarse su fecha en los alrededores de la expedición de Túnez. El segundo cuadro tizianesco es el conocido de la víspera de Mühlberg: está a caballo con casco y armadura, dispuesto a la pelea; los dos están en el Museo del Prado. El tercero lo guarda el Museo de Munich. En este retrato, el Emperador, más que viejo, envejecido, se halla sentado, vestido con traje negro, la faz cansada, seguramente la gota le aqueja. Comienza por esta época a intensificar la correspondencia con su hijo, las instrucciones detalladas, consejos sabios de gobierno, modelos del arte de regir a las naciones.

Carlos aspiró a una monarquía universal, ungida de religiosidad católica. Por otro aspecto era un renaciente integral, aunque su iniciación en la vida pareciera un alegre acabar de la Edad Media, con fiestas y torneos, pasión que heredara de su dinastía borgoñona. Esto pronto se esfuma y lo sustituye el amor por lo clásico en arte y en literatura, que se impone como una inclinación de la época. Su palenque es la política y en ella se mostrará la lealtad de su proceder. La tendencia de hombre del Renacimiento le hará pensar en un personaje de la antigüedad, y sus fervores se cifrarán en César. El, Carlos V, será el César moderno. Esta figura, nimbada de gloria, fue para el Habsburgo un modelo a imitar en sus virtudes de magnanimidad, templanza y energía.

Cómo César escribió sus «Comentarios», Carlos escribirá sus «Memorias». Si el romano había triunfado en Thapsus, no muy lejos el Emperador ganará Túnez y La Goleta. Ya la Germania de Ariovisto es un florón de su corona. En la Britania nebulosa hay un poder amigo. Han transcurrido muchos siglos, pero todavía por los campos de las Galias se oirá el es-



truendo de las armas como en los años del primer triunvirato. En Roma, transformada por las nuevas civilizaciones, resonará el verbo de Carlos V como antes de Cristo se oyó la palabra de César.

Pero hay una afinidad más espiritual: César y Carlos no son héroes jóvenes como Aquiles y Alejandro; ambos fueron héroes maduros. En esa madurez estriba su singularidad y su encanto. La mayor parte de las estatuas de César, que conocemos, le representan en edad viril, lejana de la juventud. De Carlos V, la imagen que perdura en nuestra imaginación no es la del imberbe de sus primeros años de gobierno, sino la de faz barbada y gesto reflexivo, cuando ya brotó su personalidad actuante en Africa y en Alemania. Madurez de Héroes que huyeron del ímpetu de la improvisación y que labraron los Imperios con mesura, cálculo y fecundidad de pensamiento.

La biografía de Carlos V publicada por Carlos Brandi es un modelo en su género. Los monografistas extranjeros de estos últimos años habían abusado del tema con una interpretación fácil, a base del conocimiento somero de los hechos. Este peligroso procedimiento conduce fatalmente a presentar los personajes históricos deformados, o a que, por lo menos, dudemos del arte adivinatorio de los autores. Brandi conoce a fondo los cronistas y los documentos, ha estudiado durante veinte años el protagonista y su ambiente. Puede permitirse el lujo de no interrumpir el texto con ninguna nota. Debemos confiar en su relato. Quizá resulte un Carlos V demasiado germánico. Era inevitable, y el escritor lo hace de completa buena fe (1).

(1) K. BRANDI: *Die Wahl Karls V* (Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen. Philologisch-Historische Klasse, 1925, Cuaderno 2.º, Berlín, 1926).—*Karl V*. P. J. B. 1928 (CC. XIV. 23).—*Berichte und Studien zur Geschichte Karl V*. Quinta parte (N. G. W. Z. Göttingen, 1932, Cuaderno 1.º).—*Die Überlieferung der Akten Karls im Haus, Hof- und Staatsarchiv zu Wien*. Séptima parte (Nachrichten &, 1932-1933).—*Eingehändige Aufzeichnungen Karls V aus dem Anfang des Jahres 1525. Der Kaiser und sein Kanzler* (N. G. W. 2. Göttingen Phil-Hist, 1933, Cuaderno 2.º).—*Die Testamente und politischen Instruktionen Karls V insbesondere diejenigen der Jahre 1543-1544* (Nachrichten G. W. Göttingen, 1935).—*Zwei Briefe Karls V* (Weisse Bl, Jg., 1938, Nov.).—*Nach Pavia Pescara und die italienischen Staaten Sommer*



MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

Los grandes cronistas carolinos fueron Ginés de Sepúlveda, Pedro Mexía y Alonso de Santa Cruz. Ojalá el ejemplo de Brandi cunda entre los historiadores hispanos y se escriba la historia de Carlos de Gante desde un punto de vista español. Pueden derivarse de ese hecho venturoso algunas sorpresas, como la de que aparezca que Carlos, al final de sus días, fuera más español que neerlandés o alemán.

Antonio Ballesteros Beretta
Enero de 1941

PERSONALIDAD DE CARLOS Y VALOR HISTORICO UNIVERSAL

Hay personalidades históricas de sobrehumana fuerza creadora, que se forman de energías elementales y propias, prescribiendo para siglos las leyes del Pensamiento y de la Acción. Carlos V no fue, ciertamente, de esta clase. Pertenecía a aquellos otros que llegan a ser grandes porque en lo íntimo de su personalidad condensaron antiguas fuerzas históricas, ideas de mando que les fueron transmitidas por sus antecesores, creencias y posiciones ante la vida, fundidas con nuevas doctrinas, que les hicieron poseer un sentido actual por encima de las épocas.

En este aspecto, Carlos fue también una gran figura histórica.

Carlos V llevó a la Casa de Habsburgo a la cumbre del poder. Reunió las posesiones y las redondeó; dio a su casa una nueva postura representativa, tomada de las formas caballerescas de la corte borgoñona, de la concienzuda santidad de los Países Bajos, de la medida española y de las tradiciones universales del antiguo Imperio Romano-Germánico. Igualmente él constituyó, sobre la herencia de sus títulos de señorío, un nuevo imperialismo europeo y en cierto modo también

und Herbst 1525 (Nachrichten G. W. Göttingen, 1939). En uno de los últimos números del *Ibero Amerikanisches Archiv*, contesta Brandi a don Ramón Menéndez Pidal.



ultramarino, un imperio mundial, que por primera vez no se formaba sobre la base de las conquistas, ni mucho menos por la masa de tierras reunidas, sino que se asentó sobre el fundamento de la idea dinástica y de la unidad de credo.

Con estas nuevas bases dió el Emperador al Imperio una nueva tónica tanto en la lucha por los Países Bajos como en Alemania, Italia y España.

Con el acoplamiento de la línea más joven de su casa al antiguo título jurídico, con las enormes posibilidades, y no menos grandes peligros, de la región del Danubio, y mediante el traslado del peso de su propio gobierno desde Alemania y Borgoña a la prometidora y naciente España, fundó, en el seno de la familia, el porvenir de siglo y medio de Habsburgos españoles. No desde Alemania, pero sí desde España, pudo afirmar su señorío en las antiguas tierras imperiales del Milanesado y Toscana y asegurar de nuevo Nápoles y, con ello, desplazar la influencia del Imperio de su dirección Norte-Sur al eje Madrid-Roma, arrancando a Italia, en momento oportuno, de la influencia francesa. Con su idea imperial apoyada en España ganó, en el marco del sistema estatal europeo, para él y para su hijo, como poder italiano, la antigua relación de la época del Imperio con el Papado. De más profundo arraigo en la historia alemana fué su posición ante los protestantes, tanto política como religiosa. En sus luchas universales por la antigua iglesia, se vió el Emperador vergonzosamente abandonado por el poder político del Papado y profundamente entorpecido por la unión de la católica Francia con los turcos. La política y la curia del Papado se le presentaron —como en los días de los Hohenstaufen— lejos una de otra, y ésta hubo de ser, según la intensidad de sus conceptos políticos o religiosos, la causa de los más grandes conflictos de su reinado.

Hubo, asimismo, fructíferas tensiones internas. La inevitable política de gobierno extraterritorial de Carlos llevó a su Imperio desde las formas estatales anticuadas del estado caballeresco y de las ciudades, con sus privilegios, enemistades locales y desplazamiento del poder, a una más elevada concepción de la idea del Estado. El antiguo borgoñón Commynes



nos deja ver, en su realismo, todo el contraste que existe entre las disputas personales de los grandes señores de su época y las ideas generales de las concepciones estatales del Gabinete de Carlos V. El último efecto de la política dinástica de poderío mundial de Carlos permaneció después de él en la dirección que tomaron las ideas dominantes del siglo en los nacientes Estados europeos modernos.

Para España fue el Soberano que, aureolado por el brillo del Imperio, gracias al empleo de esta idea supraterritorial, fundó el Estado nacional que Isabel y Fernando sólo habían preparado y que hubo de completar. Y si tuvo que luchar con terquedades de los antiguos reinos, también logró, por medio de su política matrimonial, la futura relación con Portugal, y con ello la unidad de la península ibérica, cuna de todas las navegaciones mundiales.

Para Italia y Alemania significó, por el contrario, la facilidad, mediante su política universal, de ascenso de los Estados territoriales, que se hallaban ligados desde tanto tiempo atrás a la estructura imperial y a las combinaciones políticas del Imperio, hacia un poderío europeo. A las grandes fuerzas enemigas les aseguró también el camino, al mostrarles los grandes medios de poder de un imperio mundial. Así él tiene la mayor culpa en la disolución del Imperio, él, que fue quien dio a este Imperio alemán su más amplio contenido. Le arrebató los Países Bajos precisamente cuando estaba en condiciones de habérselos devuelto. Arriesgó Alsacia, apartó a Francia de Italia por medio de la Lotaringia. Como señor de los Países Bajos, se convirtió también en enemigo de la Hansa alemana, a la cual, no sin la ayuda de su cuñado Cristián de Dinamarca, excluyó definitivamente de entre los poderes nórdicos. Dejó fortalecida no sólo la alta aristocracia protestante, que en su posición disidente había encontrado un nuevo elemento de vida, sino también la católica, ya que él legó asimismo a los Habsburgos austríacos las divisiones religiosas y el peligro turco, lo mismo que a España, Milán y Borgoña, a los que lanzó con más fuerza que antes al auxilio de sus hermanos de religión en el Imperio.



Finalmente, por medio de los Países Bajos y Dinamarca, enlazados al sistema nórdico, su relación con los crecientes poderes mercantiles de Inglaterra y Escocia fue singularmente rara, oscilante entre la colaboración estrecha y la más profunda oposición, ambas modalidades según las cambiantes relaciones personales y las ideas políticas. La reacción en estos países fue sobre todo una afirmación del concepto de nacionalidad.

La azarosa vida de Carlos V, pese a todo, fue conducida a la unidad por el pensamiento dinástico, que en él aparece mucho más fuerte y vivo que en ningún otro en la historia del mundo, dándole los más grandes impulsos y preparándole las más difíciles experiencias. El Emperador hizo viva la enseñanza de la obligada relación de las generaciones y de la responsabilidad, en el pasado y porvenir, de la propia familia. El credo dinástico significaba para él no sólo la idea de la personalidad monárquica heredada para seguridad supratemporal del Estado, sino también al mismo tiempo un lazo moral, casi religioso. Para los príncipes de su época debió ser Carlos comparable, seguramente, al manjar más desagradable. El los sobrepujó, sin embargo, a todos en la santidad, casi política, de su matrimonio, en el respeto cortesano y altamente principesco a su esposa, Su Majestad la Emperatriz. Ningún padre pudo haber más cuidadoso y temeroso por la salud corporal y espiritual de su hijo, que este Emperador, alejado de la grey casera durante un gobierno intranquilísimo de veinte años, perseguido por una y otra guerra, una y otra negociación, de país en país. Todo esto vamos a vivirlo con él inmediatamente.

El que podamos lanzar profundas miradas en la personalidad y vida de este monarca, debemos agradecerlo a una circunstancia singular. Su patria neerlandesa era la reflexiva tierra de los profesores espirituales y de las Humanidades escolásticas. Su época pudo presenciar, aparte de esto, la ascensión de sabios y originales consejeros a los puestos políticos directivos. La conciencia de su deseo de mando se rebeló, al recordar las impresiones de su juventud falta de libertad, contra la influencia de la alta nobleza y de los grandes en los ne-



gocios del Estado. Por ello consintió en su corte personal la inteligencia, el empuje espiritual y la fuerza creadora de la formación científica. Este círculo formado a su alrededor le educó, a él que en su casa sólo había sido educado para caballero y señor palaciego, poco a poco, en un amor por los trabajos escritos, en un deseo de escribir cartas y memorias, que le condujeron incluso a la introspección y la reflexión. A lo largo de los siglos no conocemos a ningún otro príncipe del que nos queden tantos y tan íntimos documentos de su puño y letra. Tenemos grandes amanuenses como Jacobo I de Inglaterra, tenemos también teólogos y poetas principescos, pero no poseemos, hasta Federico II de Prusia, ninguno que convirtiera los asuntos del gobierno en espontánea literatura, como Carlos V.

El número de las cartas que llevan su firma se elevan a varias decenas de miles, entre las que no forman una parte pequeña las escritas de su propia mano. Con anotaciones de importancia capital, con testamentos y con reflexiones comenzó el joven monarca, hacia los veinte años, su labor. En el cenit de su vida escribe una seca y reflexiva mirada retrospectiva que, tanto como las instrucciones a su hijo con la penosa escrupulosidad de su modo de ser, nos lo muestra, hasta en los más pequeños detalles, agudo y observador. Cartas de familia, incluso con la Emperatriz, fueron para él cartas políticas, y observaciones paternales fueron en sus manos testamentos políticos.

En tratos y confesiones, en el contenido y objeto de su política, como en su vida interior, vemos con nuestros propios ojos a este hombre desde sus años mozos, hasta una determinada madurez, desarrollarse y hacerse profundo, hasta tal punto que se convierte para nosotros tanto en el representante de toda una época como en un hombre verdadero de carne y hueso. En él resalta como más notable el que en pleno desarrollo y madurez, apenas sobrepasada ésta, llena todavía su vida de las avideces de la juventud, aparezca suficientemente acongojado, tocado prontamente por la noción de la edad, con necesidades soñadoras de descanso y pensamientos de la muerte. Es el suyo un círculo vital de singular contextura interior.



EPILOGO

El adelantarnos, en las palabras iniciales, a exponer las excelencias del libro de Brandi fuera impropio, pues desfloraba noticias de una vida extraordinaria, narrada con maestría por un especialista.

Como buen historiador, Brandi es un esclavo de la cronología. No sólo el sincronismo reviste importancia, sino la sucesión de los años. El alterar su orden produce confusiones y hasta yerros de incomprensión y falsedad.

Uno de los aciertos del autor germano consiste en presentar a su héroe con clara visión del ambiente que le rodea. En su magnífica descripción del esplendor de la Corte de Borgoña, el lector recuerda el libro de Otto Cartellieri (2), y más todavía el de Huizinga (3). El mismo Brandi, al intentar restringir la amplitud del otoño medieval, piensa en la obra que le suscita la rectificación.

Este sedimento borgoñón forma parte de la ideología perdurable de Carlos y le acompañará toda la vida, desde la infancia hasta los postreros días. Lo prueban su tenaz reclamación jurídica de la Borgoña de sus mayores, la preocupación de su enterramiento en el panteón familiar, si se recobraba la tierra borgoñona, y en algo externo, menos serio y que constituye un ceremonial fastuoso que se llamó en España *el estilo de la Casa de Borgoña*. Contrastaba con la etiqueta palatina, sencilla y severa, con boato circunscrito a: los días solemnes, práctica de los soberanos españoles, contraria al loco despilfarro de días y semanas, dedicados a fiestas y torneos de las Joyeuse entrées de esa raza nórdica, amante de ruidosos espectáculos, que gastaba en costosos y alborozados festejos las cuantiosas ganancias de su próspero comercio. Carlos mostró siempre mucha afición a este género de diversiones.

Los principios firmes de religiosidad los aprendió de su preceptor, el deán de Lovaina, Adriano de Utrecht, que sería

(2) OTTO CARTELLIERI: *Am Hof der Herzog von Burgund*. Basilea, 1926.

(3) J. HUIZINGA: *Herbs der Mittelalters*. Munchen, 1928.



uno de los Papas más austeros del Renacimiento. Carlos infundirá a su idea imperial un espíritu muy sólido de catolicidad, que deberá, en primer término, a su maestro, aunque luego España lo consolide. Será Rey Católico, como sus abuelos españoles, y no de nombre tan sólo, sino de sentimiento y fervor. La misión evangelizadora del Nuevo Mundo afirmará su concepción del Imperio católico.

Se ha querido desvirtuar la influencia de Chièvres porque en la segunda mitad del reinado la política internacional española adopta un cariz antifrancés. Sin embargo, notemos que Carlos V rehuye la guerra; que en su dilatado gobierno nunca tomó iniciativas belicosas contra Francia, manteniéndose constantemente a la defensiva. Quería con sinceridad la paz con el francés. Pacta, negocia, acude a cien combinaciones matrimoniales y a cesión de territorios, para evitar las hostilidades con el rey de Francia, que, terco, se opone a toda avenencia y provoca la guerra. En los últimos instantes, después de cinco largas contiendas bélicas, el Emperador, en trance de prepararse a la muerte, aconseja a su hijo la boda francesa. Parece que Noyón y los tiempos de Chièvres volvían.

Surge después Mercurino Gattinara. Sobre este personaje y el grado de su ascendiente sobre Carlos V han enfrentado sus teorías opuestas Brandi y Menéndez Pidal. Parece peligroso el intervenir entre tan árdidas lanzas, pero una irresistible atracción nos empuja en medio de la liza.

El primer momento, según el escritor español, es el de la salida de España del Rey Carlos, en las Cortes de La Coruña (1520), donde el doctor Mota, Obispo de Badajoz, pronuncia una oración declarando lo que significaba el Imperio. El «Emperador es él solo en la tierra rey de reyes». En párrafos elocuentes, refiere que «ahora vino el Imperio a buscar el Emperador a España, y nuestro rey de España es hecho, por la gracia de Dios, rey de romanos y Emperador del mundo». En otro pasaje comenta «la empresa contra los infieles enemigos de nuestra santa fe católica, en la cual entiende, con la ayuda de Dios, emplear su real persona».



Este discurso, a pesar de sus apariencias doctrinales, tiene una finalidad concreta. Es una alocución política de circunstancias. Los castellanos del siglo XVI se oponían a que su monarca abandonara la tierra por un lejano Imperio, al igual que los del siglo XIII recelaban de Alfonso X por el fecho del Imperio. Prueba la semejanza el que don Pedro Ruiz de la Mota evoca entonces la época alfonsina en unas frases no citadas por Menéndez Pidal: «el rey Don Alfonso, seyendo el reyno de Granada y mucha parte del Andalucía de moros, salió del reyno a recibir el Imperio, que estaba en contienda y no sin contradicción como agora» (4).

El Obispo de Badajoz ensalza los prestigios del Imperio; elogia ante españoles los beneficios que redundarían a la Catolicidad y aquieta a los recelosos súbditos diciéndoles: «este reino es el fundamento, el amparo y la fuerza de todos los otros», y declara que el rey promete «vivir y morir en este reino, en la cuál determinación está y estará mientras viviere. El huerto de sus placeres, la fortaleza para defensa, la fuerza para ofender, su tesoro, su espada, ha de ser España».

Estas palabras halagadoras tuvieron la virtud de contribuir a la concesión del subsidio demandado, y de esta manera el futuro César pudo salir con rumbo a Alemania. Efímero triunfo del doctor Mota, que no evitó la revolución de las Comunidades.

El momento de Worms y la declaración carolina, saturada de sentimiento católico ardoroso, frente a la actitud de Lutero, la atribuye Menéndez Pidal a su contacto con el medio religioso hispano. No negamos su posible influencia, pero poco tiempo de estancia era el transcurrido y bien agitado para lograr convicciones, si no existía una raigambre sólida, una educación a prueba de insidias heterodoxas, y volvemos de nuevo a pensar en Adriano como educador ejemplar.

Resolvamos ya el misterio Gattinara. El canciller refleja en sus Memorias y correspondencia su temperamento de huma-

(4) ADOLFO BONILLA SAN MARTIN: *Discurso de contestación en la recepción de Antonio Ballesteros Beretta en la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1918; pág. 94.



nista, enamorado de la monarquía universal y entusiasta del tratado *De Monarchia*, del Dante. Su ideario procede de la Edad Media, pero no se aparta de su tiempo. En Italia habían quedado rescoldos de una lucha secular entre el Pontificado y el Imperio. Gattinara es un retardado gibelino, que espera la salvación del mundo, y con preferencia la de Italia, su patria, de un Imperio fuerte. Toda su ideología está basada en el principio fundamental de la preponderancia del Imperio.

El negar que el trato asiduo del canciller con el Emperador coadyuvara a su formación espiritual sería calificar a Carlos V de mente obtusa e impermeable. Al César le bastaba con las ponderaciones de importancia y autoridad del Imperio y la protección y salvación de Italia por el Imperio. El matiz determinante y subjetivo de la catolicidad, la armonía entre los pueblos diferentes regidos por su experta mano, se lo daría el mismo Carlos, que suficiente y sobrada personalidad poseía para labrar por si mismo una ideología imperial.

El tercer momento señalado por Menéndez Pidal es el de la contestación de Carlos V, el 26 de junio de 1526, al breve de Clemente VII, luego del Saco de Roma. Aquí se nos plantea un nuevo aspecto del problema. Si Gattinara era gibelino por elaboración mental y trayectoria ideológica dantesca y humanística, los Papas eran tan güelfos como sus antecesores contemporáneos de Federico I Staufen. En el curso de los siglos, los motivos no habían cambiado, sólo varió el nombre: ahora se llamaba Il Primato d'Italia. Julio II quiso expulsar de la península a los franceses, calificándolos de bárbaros, y los Pontífices que le siguieron: Médicis, Farnesio y Caraffa, aborrecieron el poder de España, y al ser antiespañoles buscaban la alianza de Francia para aminorar la preponderancia hispana, inconmensurable por su unión con Alemania. La demostración más sensacional de este güelfismo pontificio es el caso de Adriano VI, pues cuando soñaba Carlos en la identificación política, encontró resistencias en su antiguo maestro, ganado lealmente a la doctrina de soberano temporal que defendía los intereses itálicos de sus Estados.

Frente a la actitud del Papa se habían alzado las corrientes de pensamiento que manaban de muy distintas fuentes. Esas



mismas habían integrado, en la esfera de los hechos, la turba guerrera del Saco de Roma, compuesta de católicos españoles que combatían al Papa, cual soberano enemigo de España, y las bandas protestantes de Frundsberg, odiadoras del Pontífice romano como jerarca espiritual de la Cristiandad. Habían confluído las corrientes, pues ambas estaban sometidas al Emperador, agraviado por la conducta agresiva de Clemente VII.

Así comprenderemos por qué Alfonso Valdés, erasmista, hermano de Juan de Valdés, luego protestante, escribe la contestación al Papa con una dureza aprendida en su estancia en Alemania y reforzada con la indignación española, producto de una atmósfera cargada de dosis antifrancesa y anticlementina, que trataba de paliar su furia con el respeto teórico por la Santa Sede y el Pastor de los fieles.

La intervención de Carlos V está casi esfumada. Podemos colegir que deja hacer al canciller y a sus secretarios. Empero, la evocación del Concilio, a guisa de amenaza, es una idea carolina, persistente en los años sucesivos, y Valdés, al consignarla, aunque aluda a la abolición del luteranismo, sabe que en un sector protestante, a la sazón, se desea el Concilio nacional en Alemania, conducente a la reforma de la Iglesia.

El anhelo por el viaje a Italia, para la coronación, no hay obstáculo en considerarlo deseo peculiar de Gattinara, compartido por el Príncipe. En el discurso de Madrid, el 16 del mes de septiembre de 1526, advierte Menéndez Pidal el estilo de fray Antonio de Guevara, pero aunque esto sea cierto, las ideas son netamente carolinas, y el propio autor concede esta probabilidad cuando dice: «era norma fija de conducta para el Emperador, que acaso inspiró antes, a su vez, la doctrina del *Reloj de príncipes*».

La auténtica hispanización de Carlos V, político realista, fué el ir incorporando y haciendo suyos los cánones de Fernando el Católico, recordado sólo incidentalmente por Menéndez Pidal y por Brandi, y no precisamente en este aspecto. Más que una cruzada contra el turco, y sin que neguemos en absoluto su carácter, se imponía una defensa de las costas es-



pañolas e italianas y un predominio en el Mediterráneo, hegemonía soñada e iniciada por Fernando el Católico.

La hora culminante de la españolización de Carlos V, en que continuaba la política de Aragón y del Rey Católico contra Francia, la eterna valla del poderío de España, llegaba de modo estruendoso, al regreso de la victoria de Túnez, ante el consistorio de los cardenales. En esa solemne ocasión, única en todo su reinado, Carlos V pronunciaba en español las palabras acusadoras contra Francia, recapitulación de sus agravios, en limpio contraste con sus claras y leales intenciones de paz, de concordia, de fraternidad cristiana y de alianza contra el enemigo de la fe. Sentido español, católico, de sus abuelos los Reyes de España, en plural, pues se infiere lesión a la verdad nombrando sólo a Isabel y omitiendo a Fernando.

La importancia del episodio la valoró el hispanista Alfredo Morel-Fatio, que titulaba uno de sus estudios más acabados: «L'espagnol langue universelle». Ese lunes de Pascua, 17 de abril de 1536, en la sala de los Paramenti del Vaticano, resonó el verbo de España pronunciado por un soberano, ganado ya en cuerpo y alma al pensar y sentir español, y que desde la muerte de Gattinara era su propio consejero y libre rector de sus actos (5).

Brillante improvisación, esmaltada de expresiones indignadas, que califica Morel-Fatio de *coup de tonnerre*. Esos acentos fulminantes, esos truenos y centellas de indignación, no han llegado hasta nosotros. Las copias y referencias posteriores deben de ser pálidas muestras de lo dicho por el Emperador.

Y ya que de lengua universal tratamos, afrontemos el tema de la dominación y del Imperio universal, acusación corriente formulada por quienes intentan adivinar las intenciones de Carlos V. El César no podía aspirar a una monarquía universal, sencillamente porque en gran parte ya la poseía, con probabilidades de extenderla, como los años demostraron. Con sólo mantener lo que heredara tenía bastante. La razón asiste

(5) A. MOREL-FATIO: *Etudes sur l'Espagne*. Quatriem, serie VI *L'espagnol langue universelle*. París, 1925; pág. 189.



a Brandi cuando dice: «La inmensa extensión de su Imperio mundial constituía, a la vez que la fuerza de Carlos V, su debilidad». Dispersión de dominios múltiples y mayoría de flancos vulnerables.

Nuestras discrepancias con Brandi surgen en el espinoso problema luterano. Para un alemán, y más si es protestante, Lutero será siempre un personaje histórico excepcional. La interpretación benévola de la actuación del heresiarca llega en algunos capítulos del escritor germano al ditirambo. Lutero examina con «una profunda seriedad y ciencia las licencias de las indulgencias populares». Se verificaba «el descubrimiento del primero que liberaba a los alemanes de los romanos y las posteriores luchas entre el Papado y el Imperio». Sigue un canto al luteranismo. Páginas adelante proclama que «la actitud de Lutero lleva en sí una grandeza sugestiva». En otro pasaje estampa estos conceptos: «la autonomía y santificación del Estado alemán» lograda por el luteranismo y «según la humana prevención sólo podía salvarse y realizarse a la larga, dentro de un nuevo centro eclesiástico, las ideas fundamentales, religiosas y morales de la Reforma». Su frase es aún más agria al aludir a «la prostitución del derecho político alemán en favor de la Curia».

Conviene dilucidar una amalgama, que reputamos errónea, y es el suponer a Carlos V coadyuvante de Lutero porque se enfrentan ambos con el Pontificado. Emparejamiento monstruoso el del César y el heresiarca. Ni siquiera puede compararse a Carlos V con Enrique IV o Federico II Staufen. Su actitud e intenciones son muy distintas. El Emperador defendía sus dominios hereditarios de Italia y no se negaba, como el segundo de los emperadores citados, a emprender la cruzada, sino que, por el contrario, la fomentaba y la conducía sin excitación del Pontificado, ni la cuestión de las investiduras tenía parangón con la guerra europea promovida por Francia y en la que la Santa Sede tomaba parte como soberanía temporal. La contienda era, por tanto, exclusivamente política y no dogmática.

Carlos era la antítesis de Lutero. Mientras el César se desvela, durante toda su existencia de soberano, por lograr la uni-



dad de su Imperio alemán, Lutero lo disgrega. Su doctrina disociadora rompe la sagrada unidad de la Iglesia, fracciona las creencias y niega la autoridad del Papa, cúspide unitaria de la Catolicidad.

Con absoluta objetividad de historiador se escapa de la pluma de Brandi este juicio: «Se trata de bastante más que de algunas diferencias de opiniones dogmáticas». Evidente; en los progresos del protestantismo influyeron de modo capital la codicia de los príncipes hacía los bienes de la Iglesia, secularizados en su provecho, y los turbios manejos políticos de quienes a vueltas de la Reforma alcanzaron personales medros. Este materialismo, que fue el acicate de algunos, como Mauricio de Sajonia, modelo de perfidias, debe de ser estudiado cual factor imponderable en la lucha religiosa de Alemania, que a toda costa Carlos V quiso atajar, ya con la persuasión y los medios pacíficos, ya con la acción guerrera. En ambas rutas no contó con excesivo apoyo de parte del Pontificado.

De la vida de Lutero y de sus primeros discípulos casi nada hay en el libro de Brandi. Y, sin embargo, ¡cuán ejemplar es el conocerla! La sátira cáustica de Erasmo nos dice mucho, quizá demasiado.

La libertad de *creencias* y de *conciencia* produjo en las masas una verdadera revolución, a duras penas contenida. El mismo Lutero se asustó de su obra; pero el daño, sin remedio, ya se había ocasionado. Negaron a la Iglesia la misión doctrinal y surgió rápida la anarquía. Osiandrio Æcolampadio, Carlostadio, Melanchton, Zwinglio y Calvino formaron un extraño coro de voces discordantes.

Los dogmas fundamentales de la doctrina luterana eran: el de la corrupción integral de la naturaleza humana, el que el hombre se redimía por Jesucristo con exclusión de las obras humanas y que la libre interpretación de las Escrituras sustituía a la denegada autoridad del Papa. En el terreno político de conciliación nació un sincretismo dogmático, reflejado en la confesión de Augsburgo. Con esta fase del protestantismo tuvo que entenderse Carlos V y le produjo los mayores sinsabores morales de su vida. Pesadumbres y remordimientos, por



concesiones inevitables, arrancadas por la necesidad y ante las amenazas de Francia y del turco, que cuentan entre las causas más poderosas de la abdicación.

En el intrincado desarrollo del reinado destaca Brandi unas siluetas femeninas que llegaban, con su intervención oportuna, a favorecer los planes del Emperador. Figura en primer plano su tía Margarita de Austria, viuda del príncipe Don Juan y de un duque de Saboya. Gobierna Flandes con tino y medida. Su política se inclina a la paz con Francia y a la buena amistad con los ingleses. Ella recomienda a Carlos al letrado piamontés Mercurino Gattinara. No se ha ponderado bastante el influjo de Margarita en la educación de su sobrino. Mujer inteligente y de buen consejo, no escatimaría sus enseñanzas a persona a quien tanto quería. A Margarita se debió el concierto con su cuñada Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, para lograr la paz de Cambrai, bien apellidada de las Damas.

Desaparecida Margarita, le sustituye en la gobernación de los Países Bajos, los Estados más neurálgicos y difíciles del Imperio, una hermana del César, María de Hungría, viuda del desgraciado Luis II, muerto en la batalla de Mohacs. Las páginas dedicadas por el historiador alemán a tan excelente gobernadora de Flandes constituyen una verdadera revelación. Muchos conflictos graves del Imperio no se hubieran resuelto satisfactoriamente sin la presencia de este político femenino, que avisa a tiempo, e ilumina, con sus cartas y memorias, al hermano, sobre el que gravitan los insolubles problemas del Imperio. María, amorosa, con afecto fraternal, discreción e instinto dinástico, evita los sinsabores entre Carlos y Fernando en los momentos más dificultosos de la reglamentación sucesoria de la herencia.

Otra hermana, Leonor, la viuda de *Manuel el Afortunado*, que comparte después el trono con Francisco I, significa para el Emperador un punto de apoyo, una garantía, junto al más implacable de sus enemigos. Y si en muchas ocasiones no puede contener los impetus ambiciosos del francés, ni su extraña alianza con Suleymán, alcanza con dulzura y constancia que



la guerra se corte, y a ella tanto como al Papa Paulo III hay que atribuir el éxito de la tregua de Niza y de la entrevista de Aigues Mortes.

El celo dinástico lo encarnaron con ardor las princesas austríacas, hermanas de Carlos V. En los últimos días de su vida tuvo coyuntura el retirado de Yuste de probar a su hermana más pequeña, Catalina, reina viuda de Portugal, que secundó los proyectos del César, comunicados con el debido secreto por intermediario tan sagaz como el antiguo cortesano marqués de Lombay, convertido en el jesuita Francisco de Borja.

Fiel seguidor de la política peninsular de sus abuelos españoles, se desposó con Isabel de Portugal, la reina pálida, de ojos azules, rubio cabello y facciones correctísimas, reproducida en lienzo por el pincel de Ticiano. Aquella delicada soberana, llena de ternura, que lloraba a raudales a cada ausencia de su señor, como nos refiere el cronista Santa Cruz, comunicando el llanto a damas y servidumbre, recobraba su entereza para cumplir sin desmayos sus obligaciones de reina gobernadora y suplir con dignidad y talento la falta accidental del Emperador. La correspondencia de ambos monarcas, aun no bien estudiada, nos promete sorpresas.

Mencionábamos de paso el afán dinástico representado de modo eminente por Carlos V, que dispone de las princesas de su familia para trabar amistades y extender el poderío de la Casa de Austria. Maestro fue en este empeño su abuelo, el Emperador Maximiliano, simpático y andariego personaje, para quien se redactó el lema de: *Bella gerant fortes: tu felix Austrarum nube*. Compitieron con su consuegro en gestiones casamenteras los reyes hispanos Fernando e Isabel.

Un reparo de cierta entidad hemos de poner al libro de Brandi. Su criterio peca de anticuado en el relato de los sucesos de Indias. Hoy ya no se puede escribir: *el crimen cometido contra Moctezuma*, ni parecen tolerables las insinuaciones contra nuestra acción en América. La reivindicación de la obra española ya está hecha y a ella han contribuido cálamos extranjeros.

La deficiencia viene de más atrás. Brandi ha creído poder prescindir de un estudio profundo del reinado de los Reyes



Católicos, que le hubiera esclarecido más de un problema. No se puede sostener que Fernando e Isabel *sólo habían preparado el Estado nacional*. Ellos crearon el Imperio, y no era una palabra vana, porque los mismos contemporáneos, como Nebrija y el cronista Bernáldez, que lo veían crecer, se dieron cuenta del brillante fenómeno.

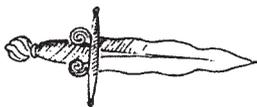
De toda aquella época, solo descuella, para Brandi, Cisneros, a quien tributa elogios justos. Pero Cisneros, aunque su talla sea gigantesca, era uno de los artífices de la magnífica obra que tuvo dos arquitectos responsables de la estatura de Fernando e Isabel.

Terminemos con un encomio merecido. En medio de sus entusiasmos por el protestantismo, y a pesar de ello, Brandi ha sucumbido ante la traza rectilínea y la pureza moral de su héroe. La generosidad del César, su ecuanimidad, su bella prestancia militar y caballeresca, impidieron que su imagen atrayente fuera empañada. Fulge, pues, sin posibles nebulosas, y Brandi, que describe su profunda catolicidad, declara que Carlos *sólo podía buscar su polo en la misma Roma*.

El libro de Brandi lo consideramos, sin regateos, la mejor síntesis del reinado de Carlos V. Conduce el autor la narración ordenada y concienzudamente, y los episodios se enlazan con perfecta armonía. Fluyen los acontecimientos tras sus antecedentes y la interpretación es serena y objetiva. El embrollo político alemán surge con la posible diafanidad y los factores todos: España, Flandes, el Pontificado, el Turco y Francia y hasta los Estados nórdicos intervienen en su justa medida, sin perturbar la narración de biografía tan cuajada de sucesos de gran volumen, que forman uno de los períodos más importantes de la historia universal.

Enero 1943.

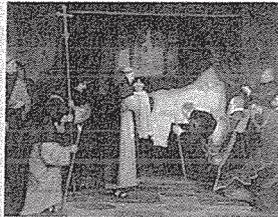
ANTONIO BALLESTEROS BERETTA



CONSEJO REGULADOR Y CAJAS
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

CARLOS DE HABSBURGO
EN
YUSTE

1807-1810



Edición revisada

1988

Hidalgo

1988